

Residencia temporal

Nexo

—Buenos días, señora —el agente hizo una pausa mientras revisaba la documentación—. Señora China. Según consta aquí, ya conoce el procedimiento.

—Así es.

—No esté nerviosa, que no duele. Introduzca la mano en el escáner, no la mueva durante el proceso y recuerde algo. Cuanto más tiempo haya pasado, mejor.

María China obedeció. Nunca le gustó renovar el visado. Siempre le dejaba jaqueca.

Se quitó los anillos, puso la mano sobre el cristal y cerró los ojos.

—Ahora no se mueva y busque ese recuerdo.

María formó imágenes banales: el camino hasta Inmigración, el desayuno, la última remesa que envió a casa...

—Siga recordando. Piense en su tierra natal.

María había ahorrado para la visita de su madre. Su imagen le vino a la cabeza. ¡No! ¡Su madre no!

—¡No mueva la mano!

La cara de su madre se alejó. Estaba en la cocina de su casa, tal y como la recordaba, con los azulejos color...

¡Chas!

El sonido y el destello hicieron que María diera un respingo.

—Menuda entrega, señora China —dijo el agente, estampando el sello—. Nos vemos el año que viene.

¿Un año? Nunca había conseguido una prórroga tan larga.

—Pasa, mamá. Qué bueno tenerte aquí.

El olor a café inundó la cocina cuando se sentaron a la mesa.

—Mira, hija, te traje un regalo.

—No hacía falta.

—Te va a gustar. Lo hicimos tu padre y yo con mucho cariño.

Maricarmen sacó un paquete. María lo desenvolvió y pasó las páginas llenas de fotografías: ella de niña con sus padres, sus primos... hasta llegar a una en la que aparecía con su madre, las dos cocinando y cubiertas de harina.

—¿Te acuerdas de cuando hacíamos bizcochos en aquella vieja cocina?

Una lágrima corrió por la mejilla de María.

—Ahora sí —respondió.